

CAPITULO SEGUNDO.

ADVENIMIENTO DE PÍO IX.—LA AMNISTIA Y LAS FIESTAS.—EL CONDE ROSSI.—LA CONSULTA DE ESTADO.—TUMULTOS Y CONSPIRACIONES.—EL ABATE GIOBERTI Y EL PADRE VENTURA.—EL SUNDERBUND Y CICERO-VACHIO.—EL 24 DE FEBRERO DE 1848.

Juan María Mastai, de una familia noble de *Sinigaglia*, nació el 13 de Marzo de 1792. Muchos de sus abuelos se habían distinguido en el ejército y en el sacerdocio. Criado bajo la tutela de su tío, el prelado Pablo Mastai, se aplicó largo tiempo al estudio de las ciencias abstractas, y vivió ignorado hasta la edad en que recibió las órdenes. Sus conocimientos y sus virtudes lo hicieron notable. Fué enviado á Chile en 1823, como agregado al Vicario Apostólico, Monseñor Juan Muzi: tenía entonces treinta y un años.

Llamado en seguida por Leon XII, fué nombrado superior del hospicio de San Miguel de Ripa; despues, en 1827, tomó posesion del arzobispado de Spoleto, donde permaneció hasta 1832; de allí pasó á obispo de Imola. En 1840 fué nombrado cardenal, y el 16 de Junio de 1846 fué proclamado Papa.

Antes de la decision del cónclave, el cardenal Gizzi parecia deber reunir la mayoría de los sufragios. Se había adquirido una gran reputacion en Bélgica y en Lucena, donde había desempeñado las funciones de nuncio. Pasaba á los ojos de los reformadores como un hombre de talento y de progreso; y se acordaban de que en 1845, siendo legado en Forli, había dejado pasar demasiado singularmente los desórdenes, que había podido sofocar en seguida.

El marques de Azeglio, refugiado político poco despues de esta misma época, y que luego hizo un gran papel en Turin, lo había hecho figurar en un folleto político como un liberal declarado: semejantes títulos le valieron numerosas simpátias; y en el momento en que el cónclave había de pronunciar, se estendió en Roma la voz de que Gizzi había sido nombrado Papa, acojiéndose la nueva con los mas vivos aplausos.

La inesperada eleccion del cardenal Mastai vino á dar á Roma un golpe de sorpresa: hubo descontentos en medio de los agitadores; y luego que el advenimiento de Pío IX fué anunciado al pueblo, con las solemnidades de costumbre, pocas aclamaciones resonaron.

Las ideas cambiaron en seguida: la palabra de orden fué dada por las sociedades secretas, y el nuevo Pontífice fué colmado de adulaciones crecientes y de protestas entusiastas: todos los partidos se fundieron en

uno solo; parecían dichosos con caer á sus piés, y ante ellos formar un holocausto de sacrificios y de amor. El incienso humea por todas partes, y el mundo entero aplaude.

De todos los gobiernos de Europa, el de Roma era en esta época, sin contradiccion, el que mas necesitaba llegar á las útiles mejoras, á las indispensables reformas y sabias libertades: Roma estaba como atras de todos los adelantos de una luminosa civilizacion: Roma antigua, reina de las artes, parecia estar fuera de todo progreso feliz. Los espíritus sensatos se convenian, y Pío IX lo comprendió maravillosamente. Estudiando su siglo y su pueblo, llenos de aire y de luz, piensa que los nuevos alimentos políticos debian ser ofrecidos segun se fuesen reconociendo las nuevas necesidades; pero los mazzinianos estaban allí; y para emporcarlo todo, para corromperlo todo, las arpias esperaban el festin.

La *Italia Roja* estaba en su puerta; sus gefes rodeaban al nuevo Pontífice. No debian tardar en apoderarse de sus generosas intenciones y de sus votos bienhechores, no para volverlos en provecho del pueblo, sino para remover al pueblo en provecho de su rapacidad; no para servir á la nacion, sino para perder el papado; no para ilustrar la tiara, sino para revolucionar el país.

¿Cuál fué el primer golpe que se ensayó? Suplicaron al Santo Padre que amnistiase á todos los condenados políticos desterrados por su predecesor. El noble corazon de Pío IX no pudo sospechar el lazo de la perfidia en un llamamiento á su clemencia. Hombre de mansedumbre y de paz, consintió en la gracia; y el 17 de Julio de 1846 fué acordada la amnistia (1).

No puso mas que una condicion; ésta fué, que los agraciados prometerian bajo palabra de honor, no conspirar en lo sucesivo contra el gobierno pontifical.

¡Nada mas simple, ni mas justo!

Al instante, segun las instrucciones trazadas en el libro de Mazzini, los trasportes, llevados hasta el delirio, estallaron en la capital. Al saberse la nueva aquella noche, el pueblo, armado de hachones, se dirige en tropel al Quirinal: numerosos músicos lo acompañan. Los gritos de entusiasmo y de admiracion, se mezclan al ruido de los clarines, de las trompetas y de los timbales: es una irrupcion de reconocimiento, una tempestad de apoteosis; y en medio de estos alegres aturdimientos, parece elevarse hasta los cielos, como una aurora luminosa, el nombre adorado de Pío IX.

La noche entera se pasa así: á la mañana siguiente, iguales trasportes;

(1) Este acto fué realmente un acto de perdon; pero se ha dado en nombrarlo amnistia.

los días consecutivos, las mismas ovaciones. Oleadas de hombres, de mugeres, de viejos y de niños se prosternan bajo los piés de sus caballos cuando sale; y luego que volvía, corrian, ora hubiese un ardiente sol, ora la mas fuerte lluvia, á esperar que su ventana se abriese para dejar pasar su mano y su bendicion.

Las alegrías se hicieron ariobadoras. En medio de bobalicones pasados, de reclutadores de entusiasmo, y de títeres sentimentales, Pio IX no pasaba sus días, sino bajo los arcos de triunfo, las lluvias de flores, y torrentes de armonía. Se le ve con enternecimiento de dicha, se le habla con lágrimas de embriaguez; se le hace un héroe mitológico, con sus estatuas, sus cantatas, sus palmas, bajos relieves, y sus braserillos. No se permite ya que tenga caballos en su carruaje, el pueblo los desunce y lo arrastra. Se exhalan estos gritos á su paso: "Es bueno como la esperanza, fuerte como el leon, dulce como el cordero, justo como Dios." ; Ay! Este era el incienso de los infiernos.

Y nadie se acordaba en Roma de que los mismos ardores populares saludaron á Luis XVI en Paris, poco antes de 1793; se habia olvidado que Robespierre y Marat habian tambien compuesto himnos y cantatas en honor de su augusto ídolo; y retornaba el pensamiento á lo que habia resultado el 21 de Enero; en último resultado, la cabeza del rey constitucional.

Sin embargo, á los ojos del observador, las manifestaciones romanas que se suceden, toman un carácter singular: el entusiasmo tiene sus gefes; las masas fraternizadoras están, por decirlo así, regimentadas por batallones con sus oradores y sus guías. Los primeros días no habia entre ellos mas que aclamaciones y vivas; los días despues ya se señalan por banderas y benderolas; despues vienen las inscripciones y las divisas; todo esto lleva el sello revolucionario. Ya no son los fervores populares, sino las demostraciones calculadas: se reglamentan las efervescencias, se organizan los delirios.

¡Cuántos días de danzas! ; Cuántas noches iluminadas! Jamas el mundo habia oido un concierto semejante de bendiciones, de lisonjas, de alegrías. Los colores pontificales, el amarillo y blanco, son los solos que se quieren llevar. La exajeracion se estiende á tal punto, que en las grandes comidas, en los grandes convites, se sirven huevos duros, que tienen que comerse de bueno ó mal grado, puesto que ellos son *amarillos y blancos*.

El decreto de amnistia, y el nombre de los agraciados, aparecieron en todas las paredes y se publicaron bajo todas formas: se les vió hasta en las iglesias; se estampó sobre los pañuelos de fatriquera; se les celebró

en himnos; se hicieron ovaciones á los rebeldes, como aureolas á Pio IX. Es un volcan de alegría y de fiestas; gozosas lavas de placer, pero bajo las cuales se avanzan escondidas las tempestades y la destruccion.

Los amnistiados se manifestaban sumisos á las condiciones del Santo Padre. Los Sterbini, los Galleti, los Ferretti, los Orioli, y todos los condenados políticos, habian jurado, por su honor, el no urdir mas tramas políticas; pero qué son los juramentos, para los hombres que no reconocen ni señores sobre la tierra, ni soberano en el cielo! Hay uno, sin embargo, que rehusa prestar el juramento; no veia en éste una vana palabra: este hombre era Mamiani; mas tarde se le verá ministro.

Sterbini llegó despues á Marsella, para desempeñar mejor las funciones de *espía* de dos grandes potencias extranjeras.

Entre aquellos, cuya ostentacion de reconocimiento era mas ruidosa, se hacia notar *José Galletti*. Hijo de un barbero de Bolonia, habia comenzado su vida, segun él decia, por ser aprendiz de peluquero; despues se hizo abogado. Preso, segun la voz pública, por robo de plata labrada en un convento, habia sido reaprehendido á continuacion por falsificador de documentos privados, y por esto se habia venido naturalmente á lanzar en los *santos* deberes de la insurreccion. Agraciado por el Papa, se le vió desmayarse de gratitud á sus piés, y comulgar de entusiasmo con sus co-hermanos en la iglesia de *San Pedro in vinculis*. ; Ay! Estos eran los títulos que debian mas tarde ameritarlo para las charreteras de general, y la cartera de ministro.

Inquieto por tantas simpatizaciones de la poblacion romana, el gobierno resolvió poner un término. Su prohibicion fué promulgada: por el pronto, fué acogida con el respeto de la sumision; en seguida se clamó contra ella. Se declaró cosa imposible, ahogar los acentos del amor y del reconocimiento. Los conciliábulos secretos, los poetastros de arengas y cantatas, los organizadores de apoteosis, declararon, que seria indigno de la nacion, volver á colocar secretamente en el fondo del corazon sus sentimientos patrióticos; que la modestia del Santo Padre en esta circunstancia, no debia mas, si esto era posible, que acrecentar el entusiasmo general; y finalmente, que oponerse á las manifestaciones nacionales, seria insultar á Roma y al Papa.

Con esto, redoblándose la embriaguez, las adulaciones vuelven al tumulto, y las demostraciones al motin.

Pio IX, seguro de sus intenciones, y descansando en su conciencia irreprochable, pudo creer en esta época, rodeado de fraudes, que no habia sido escogido por ídolo, sino que se queria hacer una víctima. El Pontífice supremo veia en la santa mesa, al pié de los altares, sus infatigables

panegiristas; para ellos la hipocresía era una arma, y la eucaristia un medio.

Las primeras insinuaciones mentirosas se derramaron por los Estados romanos. Se afirmaba por lo bajo, que Pio IX, armado contra el despotismo, habia comenzado su carrera por ser soldado, y que todas sus ideas eran liberales, tanto que su familia entera se habia hecho recibir de franc-mason. Los discípulos de Mazzini le hicieron el ultraje de su veneracion, y lo llagaron con sus elogios. Ellos borrarían el cristianismo, abolirían el papado, pero se prosternaban ante Pio IX. Este era la deidad del progreso, el regenerador del género humano, la aurora de una nueva fé, el Mesías de la nacionalidad italiana.

Así, Roma se transfiguraba. Así, bajo risueñas esferas, se lanzaban las sociedades secretas al asalto de la Silla Apostólica. Al instante, la poblacion romana, diestramente dirigida, comienza á suplicar al nuevo Leon X, el sublime protector de las artes, del comercio y de la industria: el Pontífice llamado, volviendo á tomar la brillantez de la tiara, trata de eclipsar á los mas grandes papas, de proseguir la ruta en que habia entrado, acordando dichas reformas. Grandes concesiones políticas se añadirían á su poder y á su gloria. Una gran parte de esta poblacion que solicitaba, no sabia realmente, al hablar así, ni lo que reclamaba de la Santa Silla, ni á qué punto la conducia; pero ella se dejaba ciegamente conducir, y Mazzini la dominaba.

La vuelta de los amnistiados al medio de sus compatriotas, era una ocasion de gozosos tumultos, de espansiones apasionadas, que no podia dejar de ser ávidamente tomada. Bailes, diputaciones, cantos, fuegos artificiales, colectas y lamparillas, nada faltó al triunfo de estos héroes de la época.

Conviene que haya fiestas; mas fiestas todavía.

Los amnistiados son evidentemente los antiguos predilectos del Santo Padre: ¡infeliz aquel que no adoptase este pensamiento! Se grita: ¡*Abajo el prelado Vici!* delegado de Spoleto, porque no habia hecho encender demasiado aprisa en su balcon las mechas y el sebo del patriotismo.

Los grabados en que se representa al Santo Padre fraternizando con los Gioberti, los Galletti, los Sterbini y otros de la misma calaña, se reparten con profusion en el público, así como las caricaturas que representan las congregaciones del Estado, deliberando sobre la oportunidad de la amnistia. Se insulta la memoria de Gregorio XVI, para glorificar mejor á Pio IX. El busto del último Papa es paseado burlescamente por la plaza pública. En Sabina se quema descubiertamente el escudo de armas del antiguo secretario de Estado Lambruschini. El nombre de *Gre-*

goriano, viene á ser un epíteto ultrajante: los prelados y los cardenales, ocupados anteriormente en las mas altas funciones, son tratados de retrógrados, proclamados *indignos* y colgados en efigie.

Se silba á los gobernadores de provincia, que tratan de contener los frenesís de la multitud; se fuerza al gobierno á relajar la disciplina militar, permitiendo á la guarnicion mezclarse á los vivos, y á los trasnochados populares. Se aísla al Papa de su iglesia, presentándole los religiosos que se mantenían desviados hácia afuera, con espanto de las turbulencias, como Epiménides absurdas, que nada podia arrancar al sueño; ni los tiempos, ni el Papa, ni Dios. Se le obliga á prestar oídos á las maldiciones lanzadas contra la sotana y la mitra. Está como un herrete, en medio de las degradantes alegrías, de las gozosas traiciones, de las espléndidas perversidades que lo rodean. No se le podria disimular, esto de que al gefe de la cristiandad, al representante del Señor, se le dirijan continuamente estrepitosas aclamaciones que le persiguen: es al reformador de las leyes antiguas, al apóstol de un nuevo culto. Nada de piadoso se encuentra aquí. Es necesario separar constantemente al Pontífice del hombre: siempre y por siempre *viva Pio IX*: jamas, en ninguna parte, *viva el Papa*.

Poco despues, todavía fué peor. Circulan en la ciudad puñales que amenazan el alto clero, y llevan esta inscripcion sobre su hoja: *Viva Pio IX*. Mas tarde, dos clamores se ligaron: dos gritos resonaron juntos: *Viva Pio IX: Abajo el Papa*.

Desengañado al fin el Santo Padre, sobre el pérfido objeto de las alegrías exajeradas de Roma, intentó volver á traer los espíritus y la opinion hácia los asuntos mas graves y serios. Con tan loable intencion, el 24 de Agosto de 1846, publicó el cardenal Gizzi una circular que ordenaba á los gefes de las principales ciudades pontificales, procurar la educacion gratuita de la juventud, bajo la vigilancia de los magistrados del lugar. Empero otras ideas germinaban en las cabezas: habia llegado el momento de sustituir á las alegrías, que no podían ser eternas, medios mas nuevos, pero no menos tumultuosos, que condujesen al mismo objeto; y bajo el nombre de *Círculos*, fueron organizados los clubs.

Allí, en esas hornillas de desórden y destruccion, de las que debían salir á borbotones los odios y la envidia, proclamándose los amnistiados representantes del pueblo, elevan sus voces atrevidas. Los juramentos les acompañaban: *el mas santo de los deberes*, LA INSURRECCION, les ordenaba este sacrificio.

Cada rato ponían en duda los actos de la autoridad y la obediencia que les era debida: un diario, encargado de esparcir el vituperio y el

menosprecio sobre el gobierno y sus ministros, se estableció bajo su patrocinio. Redactado por el prelado Gazzola y el marqués Potenziani, lo convirtieron en arma poderosa.

M. Rossi, en otro tiempo enviado extraordinario de Luis Felipe cerca de a Santa Silla, para pedir la espulsion de los jesuitas de Francia, y despues nombrado embajador, conde y par en razon de sus servicios, sonreia entonces á los ardidés demagógicos de sus antiguos hermanos y amigos. *Su escelencia el conde Rossi*, en Roma, ¿no era el *ciudadano Rossi* de Génova? ¿No hacia parte de las *sociedades secretas* de Italia, cuando Gregorio XVI, lo llamaba el *renegado* político? ¿No debia su nombramiento de plenipotenciario francés al progreso del radicalismo? Hé aquí, pues, por lo que M. Rossi, aplaudia con justicia á los agitadores, ó por lo menos, lo aparentaba. Jamas pasaron por debajo de su balcon las demostraciones populares, sin que viniese á encorvarse ante ellas: á falta de un pañuelo con que saludar, tiró un dia su corbata.

Sin embargo, él no los apoyaba sino en secreto, y á pesar de él; recibia sus instrucciones de Francia, que le prevenian no mostrarse hostil al gobierno pontifical. *Yo tambien soy un agraciado*, decia al Santo Padre, mostrando su gratitud por la amnistía; y haciendo humildemente la corte al soberano del Quirinal, aspirando á las primeras dignidades aristocráticas, sentia en el fondo de su alma, que no convenia en modo alguno á su posicion chocar de frente con los principios democráticos que habian lrastornado en Paris la soberanía legítima. El se debia su rango y sus títulos (1).

Tributemos, sin embargo, aquí un testimonio de justicia al hombre valeroso, que por la brillantez fatal de su muerte, ha espiado cruelmente los culpables primeros pasos de su vida. Vuelto á las leyes sagradas del honor y el orden, pareció ser uno de los mas firmes apoyos de Pio IX, cuando fué su primer ministro. El conde Rossi tenia talentos indisputables, una inteligencia y un espíritu superiores: pero la Providencia es á las veces inflexible. Aquel que habia sido miembro de todas sociedades secretas, y allí habia jurado odio mortal á todas las escelencias, altezas, majestades, y santidades de la tierra, debia caer un dia bajo el puñal de sus hermanos, luego que vuelto *escelencia* él mismo, quiso proteger el poder, renegar de sus antecedentes y salvar el orden social. . . .

¿Cuántas lecciones providenciales!

Elevémonos á mas altas esferas. La monarquía *nacida de la insurrec-*

(1) Las tarjetas del ciudadano Rossi, y de los individuos de su familia, son notables por su carácter antidemocrático.—S. E. el conde de Rossi, par de Francia, embajador en Roma.—El vizconde Alíeran de Rossi (hijo primogénito).—El baron Eduardo de Rossi (hijo segundo,) &c. &c

cion, ¿no debia ser destrozada en 1848, bajo *las piedras de la revolucion*? ¿No habia visto en 1815 el héroe de las *invasiones en países extranjeros*, víctima á su turno de las *invasiones en Francia*, caer del mas bello trono de la tierra, á la mas horrible roca del destierro. . . .? ¿Cuántos ejemplos dados al mundo; ejemplos repetidos, y sin fin. . . !; Plaza á la justicia de Dios!

Lleno del deseo de dar á su país las mejoras políticas que le parecian necesarias, Pio IX se habia dedicado al estudio de las reformas que deseaba hacer en la administracion de justicia, y de las rentas públicas. El 8 de Noviembre de 1846 debia, segun costumbre, tomar posesion solemne de la púrpura romana en San Juan de Letran. La víspera, queriendo inaugurar la fiesta por un decreto que probase su deseo de favorecer las artes, el comercio y la industria, publicó una ordenanza sobre los caminos de hierro, que concediendo cuatro líneas importantes, abrian en los Estados romanos, nuevas vias de prosperidad. ¿Pero, era esto lo que querian los grandes reformadores del país? ¿Deseaban ellos, en sus planes y objetos, la prosperidad del comercio, y ocurrir á las necesidades de la industria? La ordenanza produjo muy poca sensacion en Roma, y el Papa, volviendo á su iglesia, tuvo el profundo dolor de ver recibidos con rechiflas ultrajantes los prelados que le acompañaban.

Este mismo dia dirigió á todos los obispos católicos y de la cristiandad una admirable carta encíclica; pero mientras él desenvolvía mas sus pensamientos evangélicos, mas se tramaba su ruina. Entre tanto, bajo los arcos de triunfo elevados á Pio IX por el famoso carretero Cicero Vachio, se cerraba el paso á los carruajes de los prelados de su escolta (1): mientras los estudiantes de la Universidad lo seguian á la salida de la iglesia, le pedian á grandes gritos una escuela *politécnica* (2).

Las demostraciones no saludaban al pastor, mas que por obligarle á desamparar el ganado. Allí se silba al cardenal Marini, gobernador de Roma, y se le obliga á presentar su dimision; allí Angel Brunetti, al contrario de Cicero Vachio, queriendo contra los usos recibidos celebrar con pompa el nombre del bautismo del Papa, yendo en procesion militar con orquesta y ramilletes, grita bajo el balcon del Quirinal: *Viva Pio IX solo* (3).

Cada alegría tiene nuevos alborotos; cada fiesta un nuevo escándalo.

Durante este tiempo, Florencia, otras veces en calma y feliz, pero que abria sus puertas hospitalarias á todos los revolucionarios extranjeros,

(1) El 8 de Septiembre de 1846.

(2) El 7 de Diciembre de 1846.

(3) 27 de Diciembre de 1846.